

VII

LA ROSA AMARILLA

Era Isidoro Alvareda un hombre alto, más bien flaco que delgado, de ojos que debían haber sido hermosos, pero á la sazón hundidos por las orgías y el desorden, de calva frente y color pálido y bilioso.

Tenía dos ó tres años más que su cuñado; esto es, de cuarenta á cuarenta y cuatro años, edad en que todo hombre de buen sentido ha adquirido ya ese hastío profundo que dejan las calaveradas, pero en la que él era más calavera de lo que lo había sido en su vida.

¿Sabéis, lectoras mías, lo que es un calavera de cuarenta años?

¡Dios os libre de él! ¡Dios os preserve de todo el egoísmo, de todo el cálculo, de toda la odiosa vanidad que encierra ese tipo degradado, cruel y casi feroz!

En los calaveras jóvenes hay entusiasmo, hay creencias, hay buena fe. Se ven muchos jóvenes, que pasan las noches en las orgías y los días en el juego, dotados de mil bellas cualidades, de mil dotes brillantes. Si se les sabe persuadir, si se excitan sus instintos nobles, su pundonor, su hidalguía, muchas veces responden á la voz de la razón, confiesan sus faltas, y hasta hallan valor

para enmendarlas y para dejar la senda de perdición por que caminan.

¡Pero el calavera de cuarenta años! Ese es el hombre que, habiendo recorrido el mundo muchas veces, da su preferencia á lo peor, á lo más abyecto, á lo más despreciable; le gustan, no las mujeres coquetas y ligeras, sino las más desvergonzadas meretrices; no el juego, en el que se exponen los brillantes de la camisa, el reloj, todo el dinero que se tiene y hasta la palabra de honor de pagar lo que se pierda, sino aquel juego en que se gana siempre; no dan convites á las jóvenes bailarinas de los teatros ni á los artistas de gran talento, sino que comen á la mesa de las viejas sin dientes y llenas de arrebol, que les pagan con un banquete cada una de las galanterías que ya hace muchos años dejaron de oír.

El calavera de cuarenta años no tiene el valor de arrostrar los peligros y el escándalo, porque casi siempre tiene esposa é hijos, y sirve un cargo público, ó es rico y persona de influencia y consideración. Por eso á la primera palabra de enojo de un honrado marido, que repara en que hace tiempo va detrás ó delante de su mujer, huye como can apedreado, sin que se le dé un ardite de lo que pensará de él la mujer á quien perseguía, y que era, sin duda, la única honrada que había mirado en su vida.

El calavera de cuarenta años es duro, helado, grosero cuando le conviene, servil cuando nece-

sita serlo. Con una cortesana gastará mil duros, sólo porque ella le mire, si se resiste á ello, y no dará cien reales á un infeliz padre de familia á quien vea morir de tristeza, de desesperación ó de necesidad.

Pedid, desgraciados, un favor ó una limosna al joven que juega y se embriaga, que él os la dará, aunque se quede un día sin comer, porque está muy acostumbrado á ello; pero no se la pidáis á los calaveras calvos, canosos y sesudos, porque para ellos la palabra *yo* es la única religión que reconocen.

A este género de hombres pertenecía Isidoro Alvareda, esposo de la grave, dulce y digna Luisa, padre de aquel niño gentil, noble y generoso que se llamaba Alberto; pero era una excepción de la regla común: ni había engordado, ni se cuidaba; tenía, pues, más generosidad que muchos de su calaña, pues esta gente no forma lo que se llama una *clase*.

Visitaba mucho, ya á familias dignas y respetables, cuyas relaciones necesitaba sostener para sus negocios mercantiles, ya á mujeres de vida dudosa, ó de desenvoltura positiva, alegre y cierta; y en todas partes era agradable su conversación y su presencia, por la fluidez y gracia de su lenguaje y por lo vivo y galano de su imaginación.

Sus modales eran sueltos y elegantes, sus movimientos rápidos, su actividad infatigable. Jamás

había dicho una galantería á una mujer honrada, exceptuando la suya, á la que admiraba mucho y respetaba profundamente. Sabía ganar dinero en abundancia, y gastarlo con una facilidad y prontitud que asombraban, siendo en esto también una excepción de la regla de los calaveras machuchos, que lo emplean con mucha cuenta y razón, y con sus libros de *gastos* y *caprichos*.

Debe advertirse que Alvareda tenía infinitas cosas malas, ruines, vergonzosas; pero también algunas buenas prendas, entre las que se contaban la de considerar mucho á su mujer, y la de amar con idolatría á su hijo.

Gustábanle no pocas mujeres lindas, que á su vez gustaban de él; asistía á las tertulias, tenía abonos en los teatros y paseaba á caballo y en carruaje con algunos amigos suyos, calaveras de peor género que él, menos generosos, menos dignos, en una palabra.

Pero á vueltas de estos hábitos elegantes, de estas costumbres de buena sociedad, Alvareda tenía, como ya he dicho, otras muy perjudiciales. Mantenía de continuo á alguna bailarina ó á alguna amazona del circo ecuestre, y la mantenía con espléndidez, á cambio de que le guardase una fidelidad á toda prueba, pues aquel carácter celoso, violento y muchas veces duro, era muy intolerante.

Por desgracia suya y de su familia, le había tocado en suerte una esposa intachable y ejemplar, pero severa. Luisa no era bastante suave para la

voluntad de acero de su marido; no era bastante superficial para su carácter alegre y turbulento; le agradaba mucho más pasar las noches en su casa cosiendo, bordando ó leyendo en su libro de devociones, que acompañar á Isidoro á los teatros ó las tertulias, por más que éste le invitase á ello.

Es necesario confesar, sin embargo, que estas invitaciones se iban haciendo cada día más raras. En los primeros meses de su casamiento, Alvareda había rogado, había suplicado á su esposa que no se separase de él, que consintiera en hacer una vida más sociable y menos retirada; pero Luisa, si bien suavemente, se resistía con firmeza á acompañarle. Hija de un comerciante de paños, y educada para la economía y el gobierno de la casa por encargo expreso de su madre á las maestras y superiores del colegio donde estuvo en compañía de Gertrudis, creía que gastar en trajes y adornos era una dilapidación lastimosa, de que Dios había de pedirle estrecha cuenta, y no estaba satisfecha de sí misma si no pasaba los días y las noches ocupada en la labor, en la lectura ó en la oración.

Su marido se quedó en casa, por acompañarla, ocho ó diez días seguidos; pero una noche tuvo tan fuertes deseos de salir á ver una comedia nueva, que no pudo resistir á la tentación. Desde entonces ya se fué casi todas las noches, diciéndose que, puesto que su mujer se hallaba mejor que á su lado en la soledad de la casa, no debía violen-

tarla; pero que tampoco debía él condenarse á una vida de cartujo por seguirla en sus aficiones.

Una especie de separación tácita y amistosa se efectuó entonces en el matrimonio. Luisa, siempre seria, callada, recta, intachable, lloraba á sus solas los desórdenes cada día mayores de su marido; pero en presencia de éste se mostraba serena, afable y afectuosa.

Afortunadamente, su hijo la compensaba de la mayor parte de sus aflicciones. Era difícil hallar una criatura más tierna, más sensible, más encantadora, más valerosa que Alberto, y exceptuando la turbulencia que había heredado de su padre, nada podía hallarse más perfecto.

Cuando entró con su prima en el cenador donde se hallaban reunidos su padre y su tío, era él quien llevaba en la mano la famosa rosa amarilla, única que había en el jardín, y objeto de los afanes de María. Mas apenas Alvareda y Miranda fijaron los ojos en aquella codiciada flor, una viva alteración se pintó en las facciones de los dos.

—¡Alberto!—exclamó Alvareda dejándose llevar de la natural impetuosidad de su carácter,—¿por qué has cortado esa flor? ¡La necesitaba yo!

El niño se hizo atrás confuso y afligido; luego, mirando á su padre tímidamente, respondió:

—¡La deseaba tanto María!

Alvareda se dejó caer en uno de los asientos, con muestras muy visibles de mal humor.

Motivo tenía para ello, en efecto. Zoé, la baila-

rina francesa que á la sazón le estaba arruinando, le había pedido una rosa amarilla natural para adornar aquella noche sus cabellos negros; é Isidoro, no pudiendo hallar ninguna otra, esperaba con ansia que se abriese la de su jardín.

—¿Por qué te causa tanta contrariedad que los niños hayan cortado esa flor?—preguntó Andrés acercándose á su cuñado.

—Por nada—respondió éste dominándose, pues respetaba demasiado al hermano de su mujer para confiarle sus desvanecos;—pero era muy bella, y ellos la tirarán dentro de poco.

—¡Es verdad!—murmuró con tristeza Andrés contemplando la bella rosa en las manos de su sobrino y pensando en Mundeta, que le había suplicado le llevase una rosa amarilla para modelo.

—¡Hola!—dijo Alvareda levantándose y acercándose á Andrés;—parece que tú también querías la rosa. ¿Habrás dejado ya tus hábitos de filósofo? ¿Tendrás, por fin, alguna intriguilla?

—No; y repara que hablas delante de nuestros hijos—repuso severamente Andrés, que hubiera creído profanar el nombre de Mundeta pronunciándole delante de Isidoro.

Los dos niños se acercaron entonces, llevando ya María en su blanca manecita la codiciada flor.

—Tío—dijo la niña acercándose á Alvareda y pronunciando sus palabras con el acento dulce y penetrante que le era peculiar:—yo quería guardar esta rosa para que me recordase que hoy había

sido mala y había enfadado á Alberto; pero si la quieres tú, tómala.

Isidoro permaneció algunos instantes inmóvil y avergonzado, como si aquel acento infantil removiera todos sus instintos de honor y probidad. Luego, pensando que tal vez Andrés apetecía aquella flor para regalarla á su mujer, se dijo que tendría un empleo mucho más digno en la mano de Gertrudis que en los cabellos de la bailarina Zoé, y dijo á María:

—Dásela á tu papá, mi querida niña; yo se la cedo.

María pasó al lado de su padre y le presentó la flor sin hablar, mas con una mirada triste; la pequeña tenía más confianza con su padre que con su tío, y no sabía disimular con él.

Andrés miró la flor y pensó por un instante en el gozo con que la recibiría Mundeta. Luego subió los ojos hasta el angelical semblante de su hija, y vió una lágrima temblando en sus largas pestañas.

—Guárdala para ti, hija mía—le dijo,—y que ella te recuerde tu falta de hoy, para que no vuelvas á cometerla.

Salió del cenador, llegó á la casa y se dirigió á la habitación de su hermana.

—Luisa—le dijo,—dame el álbum con llave que tú me guardas.

La señora de Alvareda abrió un cajón de su cómoda y sacó un álbum pequeño, pero que conte-

nía muchas hojas de papel fino, poniéndole sobre un velador.

Su hermano se sentó; sacó de su bolsillo una cartera de cuero de Rusia, y tomó de su fondo una llavecita de plata, con la que abrió el álbum, que era muy sencillo.

No había en su interior grabados, pinturas ni adornos de ninguna clase; únicamente la primera hoja se hallaba adornada con un medallón pequeño, en el cual, y en miniatura, estaba el retrato de Andrés Miranda, ejecutado con rara perfección por la mano de un gran artista.

En la segunda hoja se veía este rótulo en su parte superior:

A mi hija María.

Luego seguían algunas páginas escritas con una letra clara y menuda.

Al fin de ellas escribió Miranda estas otras:

«29 de Abril de 186...

»Tu inocencia, hija mía, y la bondad de tu razón, han conseguido de mí un gran sacrificio.

»Yo deseaba mucho tu rosa amarilla; pero me has dicho que querías conservarla para recuerdo de una falta cometida hoy, y te la he cedido.

»¡Ojalá que algún día la coloques seca y marchita á la cabeza de estos renglones, y que hasta entonces su vista te preserve de cometer otra vez la falta de que te acusas!»

Andrés cerró el álbum y lo devolvió á su hermana, que lo colocó en el sitio que antes ocupaba.

Mientras esto tenía lugar en la habitación de Luisa, su marido, que había quedado sólo con los niños en el cenador, había vuelto á mirar la rosa amarilla y á pensar en el efecto divino que haría sobre los negros y brillantes cabellos de Zoé.

—¡Cómo!—se dijo:—¡yo se la cedía para la insulsa de su mujer, y él no la quiere! Pues ahora debo yo tomarla para Zoé.

Y pensando así, alargó la mano á la flor que María contemplaba con delicia.

Empero tampoco llegó á asirla; el rostro inocente de la niña hizo retroceder aquella mano, é Isidoro huyó á paso largo del cenador para no caer de nuevo en la tentación.

La niña le siguió con los ojos, como si adivinase que se alejaba un gran peligro para su flor querida, y luego corrió á la habitación de Luisa, le presentó la rosa y le dijo:

—Guárdamela, tía mía, y cuando mienta me la enseñarás.

VIII

VISITA DE UN HADA

Á la mañana siguiente, y cuando acababan de tomar su modesto desayuno Mundeta y su madre, la criada que las servía entró con una carta que presentó á la joven.

—Será algún encargo—dijo Mundeta leyendo el sobre, que iba dirigido á ella.

Y como tuviese la costumbre de leer todas las cartas á su madre, empezó así:

«Señorita: una persona enterada de la buena educación de usted, de sus virtudes, de su instrucción y de sus habilidades, quisiera proponerle que aceptase una plaza de aya, ó más bien de señorita de compañía, para dos niñas de cuatro y seis años hijas suyas; pero temerosa de herir la susceptibilidad de usted con una proposición que tal vez podría disgustarla, me ha rogado que me encargase de hacérsela yo por escrito.

»Cumplo, pues, su encargo, y añadido á usted por mi parte, que el asilo que se le propone es una casa tranquila, decente, y en la que estará con el decoro debido; su sueldo será el de seis mil reales anuales, que es lo que generalmente se da á las institutrices extranjeras, y podrá ir á ver á su señora madre siempre que lo desee.

»Sírvese usted mandar su contestación á la casa

de campo de la Florida, con sobre á doña Luisa Miranda de Alvareda.»

Mundeta, así que acabó la lectura de esta carta, miró á su madre con sorpresa.

—Es preciso aceptar, hija mía—dijo la anciana;—esa colocación es una ventura para ti. Te proporciona un sueldo fijo, consideración y tranquilidad, y todo esto te falta en la profesión que ejerces, y en la cual no tienes aún crédito y nombradía, dos cosas que, por otra parte, no adquirirás nunca con tu carácter modesto y retirado.

—¡Separarme de ti, madre mía!—exclamó Mundeta;—¿llamas á esto una dicha?

—¿Y qué haces aquí, sufriendo á mi lado, pobre hija mía?—objetó la anciana;—¡aquí, sin porvenir y sin presente! Para un día que ganes dinero, se pasan dos ó tres meses sin que nadie venga á hacerte un encargo... Y después, forzoso es ya que te lo diga... ¡Así quizá acabarán tus amores con ese don Andrés, que te dobla la edad con creces y que no me gusta!

Mundeta inclinó la cabeza, y algunas lágrimas silenciosas rodaron por sus mejillas.

—¿Qué es ese hombre?—continuó la anciana.—Él dice que vive del trabajo; pero ¿qué trabajo será el suyo? Jamás la más leve insinuación nos lo ha hecho presumir.

—¡Oh, madre mía; él es noble y bueno, y eso debe bastarnos!—exclamó Mundeta, alzando hacia su madre su bello rostro inundado de lágrimas.

—No, hija mía, eso no basta—repuso la anciana;—es necesario saber si puede mantenerte, si se puede casar contigo, y en ese caso le hablarás cuando vengas á verme. Pero créeme: el corazón me dice que lo mejor que deberías hacer era olvidar á ese hombre misterioso que puede ser tu padre, que está siempre triste y abatido como un malhechor.

—¡Yo le amo!—murmuró la joven con tristeza.

—Ya lo veo, y eso es lo que yo hubiera debido evitar; pero nada tiene que ver el amor con lo que ahora decimos: escribe á esa señora que estás pronta á aceptar la plaza de aya que te ofrece.

Mundeta, aterrada con el aspecto severo de su madre, á quien había obedecido ciegamente toda su vida, se acercó maquinalmente á un velador y escribió algunos renglones; luego alargó el papel á su madre y se dejó caer en una silla sin aliento y sin voz, pero llorando lágrimas silenciosas y amargas.

La inflexible anciana cerró la carta, le puso el sobre escrito y salió ella misma para dejarla en el correo, con el alma llena de alegría por haber hallado al fin un medio que alejase á su hija de un hombre que la aterraba para marido de Mundeta, y que ni aún le agradaba para amigo.

Á la misma hora poco más ó menos, esto es, á las once de la mañana, Luisa entraba en casa de su hermano en la calle de las Infantas.

Gertrudis se hallaba aún en la cama; una me-

dia luz suave penetraba en su dormitorio á través de las persianas y de las cortinas de muselina blanca.

La rubia esposa de Miranda dormitaba en la postura más indolente y más encantadora; una gorrita de batista encerraba su hermosa y dorada cabellera, dejando escapar de entre sus pliegues un elástico y sedoso rizo, que se deslizaba hasta su pecho, mal velado por los encajes de su bata de dormir.

La lámpara de alabastro que se encendía por las noches, ardía aún pendiente del techo por medio de una cadena de plata; el lecho era grande y estaba ricamente cubierto de seda azul celeste, de batista y encajes blancos y del más delicado tejido; sobre las revueltas ropas del lecho descansaba su brazo, blanco y torneado.

Luisa se detuvo en medio del aposento, y una sonrisa amarga entreabrió sus labios.

—¿Merece acaso esta mujer—murmuró en voz baja—lo que yo estoy haciendo para conservar su tranquilidad? ¿Por qué he de cuidar yo de su suerte, cuando ella duerme sobre un abismo? Mas no—prosiguió;—¡no alimentemos estos pensamientos crueles y egoístas! ¡Ella ha sido mi amiga de infancia!; ¡ella, además, es esposa de mi hermano, y merece toda mi ternura y todo mi interés!

Tocó, al decir esto, el brazo de la hermosa dormida, que abrió los ojos sobresaltada, y se sentó á la cabecera de su lecho.

—¡Dios mío!—exclamó Gertrudis incorporándose sobre un brazo y mirando á la hermana de su esposo entre irritada y triste;—¿qué es lo que te mueve á despertarme tan temprano?

—¡Temprano! ¡Si son las once!—dijo Luisa.

—¡Y bien! ¡No he dormido en toda la noche!... La he pasado cavilando y preocupada con el aya que buscaré á las niñas.

—Justamente, de un aya venía yo á hablarte ahora.

—¿De un aya? ¿Es inglesa? ¿Es francesa siquiera?

—No; es española.

—De ese modo, no sirve, no la quiero—respondió Gertrudis;—en todas las casas de buen tono hay un aya extranjera.

—Ó española; yo trato á algunas de la primera distinción que tienen para sus hijas ayas, no sólo de Madrid, sino hasta de provincias; te nombraré algunas: la Condesa de P., la Marquesa de V., la Baronesa de A.

—¡Oh!—exclamó Gertrudis, que en algunas ocasiones era bastante cándida;—¡pues esas son mujeres de reconocido buen tono!

—¿Quién lo duda? ¡Las reinas de la moda, debes decir!

—¿Y esas tienen ayas españolas?

—Esas y otras que podría citarte. Busca un aya joven, bonita, distinguida, amable; es decir, una señorita de compañía á la que amen tus hijas y de quien se dejen instruir con gusto; á su edad,

eso es lo que las niñas necesitan; y aunque te separases en esto de la costumbre, llevarías la palma como inventora de un capricho elegantísimo, de una costumbre del mejor gusto.

—¿Y esa joven que tú me recomiendas reúne todas esas condiciones?

—Todas, y algunas otras que sería prolijo enumerar; pero que tú estimarás en lo que valen cuando esté en tu casa.

—¿Tiene un nombre bonito? Ya sabes que las extranjeras tienen todos nombres elegantes.

—El de mi recomendada es lindísimo: se llama Mundeta.

—¡Cómo!—exclamó Gertrudis;—¿será una florista?

—La misma.

—¿Aquella muchacha hechicera, llena de belleza y de gracia, y que está dotada de tanta habilidad? ¡Oh!, has sabido escoger muy bien, porque es una de las criaturas que verdaderamente me han gustado en el mundo.

En aquel momento entró la doncella de Gertrudis con una carta en una bandeja, que presentó á Luisa.

Ésta la tomó y la abrió.

—Acaban de traerla de la Florida, adonde llegó hace poco—dijo la camarera.

Luisa, entretanto, había desdoblado el billete; era muy corto, pues sólo contenía dos renglones, que decían así:

«Señora, acepto la plaza que usted me ofrece, y la espera en esta su casa

MUNDETA.»

La joven había aceptado, como nombre de florista, el diminutivo de su propio nombre, y no se firmaba más que como lo había hecho en el billete.

—Juana—dijo Gertrudis á su doncella,—no te vayas, porque tienes que vestirme.

Entretanto que Gertrudis hacía su *toilette*, Luisa reflexionaba profundamente; una especie de duda dolorosa se pintaba en todas sus facciones, y hubiérase dicho que estaba interiormente asustada del proyecto que se revolvía en su mente y que, sin embargo, no desistía de llevar á cabo.

Gertrudis la sacó de su distracción; estaba aquel día bella como nunca, y la espléndida luz de la primavera parecía aumentar todas las gracias de su lindo rostro, un poco frío, pero de una pureza de contornos maravillosa.

Aquella joven alta, rubia, esbelta, blanca como el nácar, tenía algo de ideal, con su vestido de seda azul, su manteleta de raso y su sombrero de crespón blanco, que contenía con trabajo los espesos rizos de su sedosa y dorada cabellera.

Luisa, con su belleza enérgica, altiva y algo severa, parecía la imagen de la fuerza; Gertrudis, con su aspecto blando é indolente, la de la sumisión.

Sin embargo, aquella mujer de aspecto duro y firme trabajaba para asegurar la ventura de su dul-

ce é indolente compañera, acaso con un celo excesivo; y ésta, al mismo tiempo que iba en pos de una mujer que fuese la compañera de sus hijas, no se había acordado de preguntar por una de ellas que tenía ausente.

Cuando ya estuvo vestida, dijo á Luisa:

—Ya estoy á tus órdenes.

—¿Y Elvira?—preguntó la madre de Alberto;— tráigala usted, Juana, para darle un beso.

—¡Eh, vamos, querida Luisa!—dijo Gertrudis impaciente;—se va á hacer muy tarde, y la niña estará jugando; vamos al instante, y no quieras martirizarme de impaciencia.

Luego, volviéndose á su doncella, le preguntó lánguidamente:

—¿Nos hará esperar el carruaje? Ahora recuerdo que no he dado orden para que lo pusieran.

—No, señora—respondió Juana;—está esperando desde las diez.

—¡Desde las diez y son las doce!

—Como la señora dijo que á las diez quería salir á compras, y mandó que estuviese dispuesto para esa hora...

—¡Ah, es verdad! ¡Ahora lo recuerdo! ¡Y el tronco enganchado tanto rato! ¿No sabía ese idiota de cochero que yo estaba durmiendo y que había cambiado de parecer? ¡En nada piensan! ¡Sólo desean todos arruinarme! ¡Ah, qué desgraciada soy!

Gertrudis hizo como que se enjugaba algunas lágrimas, y salió seguida de Luisa.

Ambas subieron al carruaje, que partió al trote.

Bien pronto la sonrisa apareció en los labios de Gertrudis al verse admirada por todos, y especialmente por *todas* las que la miraban; aquel radioso día, el esplendor del sol, el lujo de las tiendas, la animación y el bullicio propios de Madrid, vistieron sus facciones de una placentera animación, que la hacía parecer más hermosa.

Cuando llegaron á apearse á la puerta de la casa de la florista, su rostro se cubrió de nuevo de nubes, porque aquella mujer, en punto á la versatilidad de sus impresiones, no había salido aún de la infancia.

Luisa llamó y abrió la sirvienta, siendo al instante recibidas por la florista y su madre.

La joven estaba vestida como para salir, con un traje bastante usado, de seda, negro, y una manteleta de lo mismo; parecía muy triste; pero su belleza cobraba nuevo brillo con su modesto atavío y la melancólica resignación que se advertía en su rostro.

Aquel lindo semblante de diez y siete años, con sus grandes ojos negros, su tez de nácar y sus cabellos castaños, tenía algo de sublime, de misterioso y de tan profundamente triste, que conmovía de un modo indecible.

Gertrudis, cuyo talento no era muy penetrante ni muy observador, sólo vió á una joven preciosa, distinguida, llena á un tiempo de elegancia y de modestia.

Mundeta, por su parte, creyó un presagio de ventura la visita de aquella mujer, que al ir otra vez á encargarle unas flores para sus cabellos, le pareció dotada de la belleza vaporosa de una de esas hadas que alegran los sueños de nuestra infancia.

Sí; Mundeta guardaba un dulce recuerdo de Gertrudis, porque su alma poética y delicada amaba todo lo hermoso, todo lo dulce y bueno, y aquella rubia belleza le había hablado con mucha dulzura y bondad.

Así, pues, en medio de su tristeza, sintió un movimiento de alegría verdadera al ver que aquel hada tenía alguna parte en la mudanza de su suerte, y se dijo en su interior:

«¡Yo me tendría por menos infeliz si al dejar á mi madre pudiese vivir al lado de esta señoral!»

—Mi hermana, en cuya casa va usted á vivir, señorita—dijo á este tiempo Luisa presentando á Gertrudis, y como respondiendo al pensamiento de Mundeta.

Ésta, por un movimiento involuntario, hijo de su alegría y de la inocencia de su carácter, se volvió hacia su madre.

—Sí, te comprendo, hija mía—dijo esta última;—es una dicha para ti el que sea esta señora quien te da colocación. ¡Si usted supiera, señora—prosiguió la anciana,—cuánto afecto le tiene á usted mi hija! ¡Si supiera usted cuántas veces la ha nombrado desde que estuvo aquí!

—Eso es para mí una dicha mayor de la que podía esperar—dijo Gertrudis amablemente;— esta señorita será para mí una amiga, y con esa esperanza vengo á buscarla.

—Adiós, pues, hija mía—dijo la anciana, quien, bastante vulgar y egoísta, temía que se le escapase á Mundeta tan honroso acomodo;—adiós. Ahorremos despedidas dolorosas, que yo iré á verte.

Luego, pasando por detrás de Gertrudis, le dijo en voz baja:

—Señora, encargo á usted el mayor cuidado con esta niña, de la cual sólo me desprendería en obsequio de usted; mire que la ama un caballero, al que yo creo hombre de gran posición y de quien, sin embargo, no sabemos el nombre verdadero.

—Cuidaré de ella como de una hermana menor.

—Que no le permita usted más visitas que las mías, porque ella también está encaprichada con ese hombre.

—No le verá.

Mundeta se arrojó llorando en los brazos de su madre; y ésta, que tampoco podía reprimir sus lágrimas, cubrió los cabellos de la joven con un velo negro, como se hacía con las vírgenes de las Galias cuando iban á ofrecerse en sacrificio en las aras de sus dioses.

¡Pobre Mundeta! A ti, como á aquellas inocentes del fanatismo de los suyos, te inmolaban la ambi-

ción de una madre vulgar y dura, y la cruel fortaleza de una mujer que todo lo sacrificaba en aras de la virtud.

¡Ah, mujeres fuertes, intachables, ascetas del deber en los desiertos de la vida! ¡Vosotras podíais ser héroes que salvaseis vuestra patria; pero jamás seréis los ángeles de paz y caridad que necesita el infeliz desgarrado por las pasiones!

IX

LA PASIÓN Y EL DEBER

Un cuarto de hora había pasado desde que Mundeta dió á su madre el abrazo de despedida cuando, después de haber dejado apearse antes á las dos señoras, bajaba la joven del coche y las seguía por la espaciosa escalera de la casa del rico Agente de Bolsa Andrés Miranda.

La pobre niña iba despreocupada y triste. A la vaga alegría que había sentido cuando supo que iba á vivir bajo el mismo techo de Gertrudis, había seguido un amargo desaliento: la imagen de Andrés había aparecido ante sus ojos y no podía separarla de ellos.

Al llegar á una especie de vestíbulo, en el cual remataba la escalera y se abrían algunas ventanas de la casa, levantó maquinalmente la cabeza, y de sus labios se escapó un pequeño grito: le parecía haber visto pasar á Andrés.